

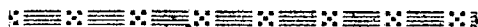
forma en un pajonal. Mi tarea se reduce a prender el fósforo y apenas soplar; esa es la génesis y el desarrollo del incendio”.

El éxito del marxismo radica sobre todo en las torpezas egoistas de los capitalistas. Quienes a veces más furiosamente lo atacan, son, consciente o inconscientemente, sus mejores propagandistas, por ser con su avaricia, los creadores de la miseria. Quienes dan grandes sumas para combatirlo, no siempre proceden por generosos ideales de sistema, ni por nobles sentimientos de corazón, sino por tortuoso egoísmo. Tratan de crear artificialmente un ambiente hostil a las justas reclamaciones del trabajador y a fin de cuentas, la suma tan generosamente donada, viene a ser un capital con intereses bien redondeados.

No todo el que se enfrenta al marxismo es espiritualista. Tan materialista puede ser el capitalismo como lo es el marxismo. Ni todo el que ataca al comunismo defiende la justicia sino tal vez intereses personales que no pueden conjugarse con los postulados de esa virtud moral.

El marxismo, aunque lo creamos en un tanto por ciento artificial, es de hecho una enfermedad social, real, provocada por la injusticia con su secuela de miseria y enfermedades. Ante la prolongación del malestar, el enfermo se inquieta, grita, se agrava y llega a tal punto de enfermedad, que agotados los recursos ordinarios, se impone la operación o una amputación. Ahí está Rusia.

VICTOR IRIARTE.



Albores de la "Lucha Final"

La lucha a muerte, enablada entre la burguesía y el proletariado es, según los marxistas, una lucha final. A la victoria de los proletarios seguirá la paz del paraíso en una sociedad sin clases.

El comienzo, por decirlo así, oficial y reconocido, de esta lucha escatológica, lo podríamos fijar en aquel año característico de la vida europea, que fué el 1848. Hace un siglo, en efecto, y casi simultáneamente se dieron el anuncio de la lucha en el "Manifiesto Comunista" y el primer choque violento en las calles de París.

Revolución política

La revolución de febrero fué sin duda una revolución política, capitaneada por burgueses liberales que, con la implantación de la república, aspiraban a dar al país todos los derechos inherentes a la "soberanía popular". Pero la participación entusiasta de las masas obreras, que exigían no sólo el sufragio universal y la república, sino también el "derecho al trabajo", confirió a la revuelta una fisonomía social no muy del agrado de la mayor parte de los revolucionarios burgueses. No era, sin embargo, todavía el odio de clase-el animador del pueblo, sino más bien un sentimentalismo román-

tico y humanitario de fraternidad universal, aureolado de un cristianismo puramente social, sin iglesia y sin dogmas, que veía en la futura sociedad la realización del Reino de Dios, y honraba a Jesucristo como al primer socialista.

De la revolución surgió una república democrática, en cuyo primer Gobierno provisional entraron a tomar parte dos ministros sin cartera como representantes de los trabajadores, Albert y Blanc. Dos jefes populares que, según Proudhon, pretendieron ser las industriosas abejas de la revolución; pero que, por obra y malicia de los burgueses, no fueron más que unas inútiles cigarras...

Reformas sociales

¿Qué hizo, en efecto, el Gobierno de aquella tan cacareada "organización del trabajo" que se había prometido al pueblo en los años anteriores a la revolución? Balmes, que en los últimos meses de su vida siguió con apasionada ansiedad los acontecimientos franceses, escribió que "organizar el trabajo... consiste en la alteración de las actuales relaciones entre el capital y el trabajo hecha en beneficio del trabajador". Naturalmente, el Gobierno francés ni pudo ni quiso pensar en semejantes alteraciones.

Se contentó con proclamar el derecho al trabajo, y ponerlo en práctica creando los "Talleres Nacionales", especie de improvisadas cooperativas de desocupados, subvencionadas por el Estado. Los Talleres atrajeron a la capital a muchísimo desocupados, y el Gobierno se vió en la precisión de emplearlos en trabajos improductivos o de aliviar su ociosidad forzosa mediante subsidios... con el consiguiente mal humor de los contribuyentes.

Temor de la burguesía

La economía de la nación se resintió con la enorme carga; y la parálisis que empezó a manifestarse en la industria, en el comercio y en la banca alarmó a los burgueses, ya bastante espantados por el carácter subversivo que iban tomando las Asambleas del Trabajo en el palacio de Luxemburgo. Los Talleres Nacionales fueron considerados como un ataque a la propiedad.

En las elecciones de abril, hechas a base de sufragio universal, triunfaron los republicanos burgueses, decididos partidarios del "orden establecido" y defensores de los "derechos de la propiedad" frente al "derecho al trabajo". Un intento de transformación de la república burguesa en república proletaria fracasó en mayo, sin conseguir más que acentuar el temor y el instinto defensivo de la burguesía que, uniéndose a la clase media y a los campesinos, se preparaba a oponerse a la "amenaza obrera".

Revolución social

Una serie de drásticos decretos relativos a los Talleres Nacionales provocó finalmente la insurrección popular; y el reconocimiento del "derecho al trabajo" tuvo su fin en las sangrientas jornadas del 23 al 26 de junio, en las que murió heroicamente el Arzobispo de París al intentar una mediación entre los obreros y la tropa. El general Cavaignac, en nombre de la democracia burguesa, aplastó despiadadamente la revolución social que, sin embargo, parecía deber ser —y así lo creían los socialistas de entonces— la conclusión lógica de la revolución de 1789.

El frente liberaldemocrático quedó definitivamente roto; contra los satisfechos de la democracia política se habían alzado por primera vez los partidarios de la democracia social. El gran encuentro

reveló palpablemente a burgueses y proletarios la existencia de la lucha de clases. Por primera vez también los obreros vieron aliados contra sí a burgueses laicos y católicos. Thiers y Montalembert se apartaban con igual horror de los "bandidos" y "rojos" de junio, y con igual decisión formaban el cuadro alrededor de la amenazada propiedad...

La Iglesia y los trabajadores

Se ha escrito que en esta ocasión se produjo el divorcio entre la Iglesia y la clase obrera, lamentado por Pío XI. Quizá sería menos exagerado afirmar que se consumó... No hay que olvidar, en efecto, que las ideas anticristianas de los "filósofos" prerrevolucionarios habían bajado también al pueblo, apartándolo poco a poco de la Iglesia.

Balmes y Donoso Cortés hablan repetidamente de la difusión del mal ideológico en las masas populares francesas. Ozanam, pocos días antes de la revolución de febrero, escribía: "Tenemos que ir a este pueblo que no nos conoce"; y después de las jornadas de junio volvía a exhortar a los católicos, y sobre todo a los sacerdotes, para que fueran en busca de los revolucionarios "que tal vez nunca han oído hablar del sacerdote, de la Iglesia, de Jesucristo".

El pueblo, pues, estaba en gran parte divorciado de la Iglesia, aunque tal vez no sea exacto hablar de "muchedumbres ateas", como hace Donoso Cortés.

La actitud de los católicos

Pero es indudable que la actitud de Falloux, Veuillot, Montalembert y la burguesía católica no contribuyó a acercarlo a la Iglesia.

Montalembert, que amó siempre con más ardor la libertad liberal que la igualdad democrática, miró desde un principio con desconfianza y recelo a los revolucionarios de febrero y a cuantos salían en defensa de los derechos del proletariado, que ya entonces eran tachados de "comunistas". (Ozanam decía a los sacerdotes después de la revolución de junio: "No os asustéis, aunque los malos ricos, ofendidos por vuestras palabras, os llamen comunistas"). La desconfianza y el miedo de Montalembert y de su Parti Catholique creció a raíz de los sucesos de Roma y de París, hasta culminar en verdadero pánico y obsesión antisocial.

Pero la reacción conservadora no fué

la única que se dió en el campo católico. Frente al "Partido de la desconfianza" hubo un "Partido de la confianza", dirigido por Lacordaire, Ozanam y Maret.

Ozanam fué de los que, como Balmes, saludaron con entusiasmo las reformas democráticas de Pío IX. Siempre se mantuvo fiel a la causa de la democracia, que para él consistía en la extensión de la libertad a la vida social y económica, de modo que el pueblo entrara en la plena posesión de sus derechos humanos. Como escribía pocos días antes de la revolución de febrero, "hay que ocuparse del pueblo, que tiene demasiadas necesidades y pocos derechos, que reclama justamente una mayor participación en los asuntos públicos, pide garantías de trabajo y defensa contra la miseria, y tiene malos jefes porque no ha encontrado otros mejores".

Ozanam no creía que la causa del desasosiego popular era únicamente, como pretendían los del Partido de la desconfianza, la descristianización del país; había también causas de índole económica y social. Y los remedios tenían que ser adecuados a ambas miserias. Por eso luchó siempre no sólo por reformar al hombre internamente mediante el cristianismo, sino también por realizar el programa social que trazó él mismo en Lyon el año 1839, en el que abogaba por la intervención estatal, por la institución de cajas de ahorros, creación de asociaciones obreras, difusión de la pequeña propiedad.

Muchos, después de la revolución de junio, al ver que el pueblo no era tan ideal y amigo del orden como se habían figurado en la euforia romántica de febrero, lo abandonaron asimismo y fueron a engrosar las filas del Partido de la desconfianza. Ozanam fué uno de los pocos que aun entonces mantuvieron intacta su confianza en el pueblo y en la democracia, aunque sin caer en la ingenuidad y extremismo de ciertos socialistas cristianos, como Buchez o como Chivé, que en un libro titulado "Catolicismo y democracia o el Reino de Cristo", hablaba de "la alianza eterna del catolicismo con la democracia"...

A los cien años

No podemos decir que a los cien años las inquietudes políticas y sociales de

1848 hayan desaparecido. La "lucha final" continúa. La clase de los trabajadores ha mejorado su situación material; pero todavía, como dijo Pío XII en 1942, "el obrero tropieza con un cierto mecanicismo que, lejos de estar conforme con la naturaleza, pugna con el orden establecido por Dios y con el fin que El ha señalado a los bienes terrenos... y se ve condenado a una dependencia o esclavitud económica inconciliable con sus derechos de persona".

Su miseria espiritual es aún mayor que en 1848; el obrero de hoy —o muchos obreros de hoy— por obra principalmente del marxismo, está más alejado de la Iglesia, su odio es más feroz y ciego, su materialismo más cerrado, su esperanza mesiánica del paraíso en la tierra más intensa que la de los socialistas románticos del febrero del 1848.

Los burgueses de hoy reaccionan poco más o menos como los del año 1848; su comprensión social es, sin embargo, mayor. Pero se dejan llevar fácilmente a un anticomunismo negativo y clasista, inspirado por el miedo, que quisiera acabar con el comunismo a todo trance, sin preocuparse tanto de deshacer las causas que lo han hecho posible.

En el campo católico, por fortuna, hay más conocimiento de las exigencias de la propia fe en el campo social. No faltan, claro está —y son demasiados—, los que ante la inquietud obrera reaccionan como los desconfiados de 1848. Pero son cada día más numerosos los católicos que se desolidarizan del desorden establecido, y aprueban y siguen la actitud humana y cristiana adoptada, por ejemplo, a raíz de las últimas perturbaciones, por la jerarquía de Francia, quien ha recordado a los cristianos que un país que deja en la miseria toda una porción de su pueblo está en estado de pecado mortal, y que la verdadera posición cristiana consiste en luchar contra el mal y la injusticia dondequiera que se hallen... que es, por otra parte, el único camino para vencer a ese comunismo, que hoy también, como en los albores de la "lucha final", es, en frase de Marx, el "espectro de Europa".

JOSE GOENAGA, S. J.